

de para la mínima más allá de quince años. Rudimentaria en un principio, ha ido perfeccionándose por medio de aparatos de los cuales existen varios modelos que omito detallar.

La tensión arterial debe tomarse para su mayor exactitud, con lentitud y tranquilidad a una misma hora y varias veces en las veinticuatro horas, durante algunos días y en idénticas condiciones; o bien a una hora determinada en el espacio de diferentes días. Corrientemente no es necesario ser tan minucioso y nos contentaremos practicándola de tiempo en tiempo con intervalos cortos o largos según las circunstancias. Su estudio tiene un valor considerable porque representa particularmente abandonada a su suerte con su cortejo de complicaciones, la causa de muchos óbitos a partir de los cincuenta años.

Pero decir hipertensión arterial no significa siempre pronóstico grave. Existen formas transitorias producidas por un trabajo corporal exagerado, por excitaciones psíquicas, por procesos tóxicos que retroceden en el momento que la causa productora ha cesado. Hay hipertonías pasajeras de etiología desconocida que desaparecen sin dejar huella alguna, pero son formas sumamente raras. Una hipertensión ligera bien atendida no podrá ocasionar trastornos generales, si no se añaden otros motivos. Hay otros factores que pueden influir en el pronóstico, por ejemplo: un hombre maduro soportará con más dificultad una presión alta que uno viejo, por causas biológicas que los médicos conocemos. Los luéticos toleran mejor que otros la hipertensión. En la misma menopausia este síndrome suele ser muy llevadero si no se acompaña de otras causas, y deberemos ser prudentes en achacar a la hipertensión las enfermedades y las molestias que la mujer aqueja en el climaterio, porque sería extender demasiado sus dominios. No sucede lo mismo en una hipertensión mediana o elevada, especialmente si las presiones máxima y mínima están distantes o muy cercanas la una de la otra, o sea lo que nosotros llamamos divergencias y convergencias. Podrá haber un tiempo de latencia más o menos largo, pero un día este síndrome se pondrá en evidencia y el sistema cardio-vascular comenzará a fallar por alguno de sus lados. Lo corriente, pues, es que en la época otoñal de la vida, la hipertensión arterial no baje espontáneamente sino que tienda a aumentar y, si muchas veces no es manifiesta por el enfermo, se debe a que su corazón conserva la aptitud completa, y así vemos casos de hipertonía regular y aun elevada que no provocan molestia subjetiva alguna porque ésta se halla perfectamente compensada, y que se descubren como hallazgo casual en el trans-

curso de una exploración clínica, por ejemplo, en un examen de fondo de ojo, o en un reconocimiento general por un seguro de vida, etc.

Aparte de los enfermos que no acusan ningún síntoma, los hay que aquejan molestias como congestiones, tendencia a los vértigos, dolor de cabeza, opresión, sensación de adormecimiento o de hormigueo en un dedo, a medida que la presión asciende, hasta poner en grave riesgo la vida del enfermo.

Siempre debe entrar en juego la pericia del clínico para poder sacar deducciones prácticas interesantes. Por consiguiente, la toma de la presión arterial es de una trascendencia considerable en la edad crítica de la vida. Da la voz de alarma al que la sufre y le pone al abrigo de muchos sufrimientos y de muchas complicaciones serias, incluso hasta de una muerte súbita. En cambio, el que por negligencia se despreocupe de ella, no olvide que un mal benigno en un principio, se convertirá en un enemigo terrible del que no se podrá desprender fácilmente, porque la tensión arterial que comienza a aumentar solapadamente, va tomando en general, como he dicho, a medida del tiempo la forma progresiva, ocasionando alteraciones en el organismo de pronóstico sombrío que abocarán al enfermo a un desenlace fatal, por una hemorragia cerebral, por una insuficiencia cardíaca, por un riñón retraído, etc., De donde la necesidad de ponerse al acecho lo más precozmente posible sobre estos perances que repito tienen su sede en los años críticos de la vida, siguiendo las ideas directrices que el médico señale y que van encaminadas a romper en lo posible el círculo vicioso que el organismo ha establecido, para lo cual ha de haber una buena colaboración entre médico y paciente, porque de la coordinación de los esfuerzos de ambos dependerán los más halagüeños resultados.

La cincuentena no señala solamente el preciso momento donde se hace imprescindible la medida de la tensión arterial, sino que de ella el médico sagaz sacará las precisiones de diagnóstico, de evolución y de pronóstico de muchas enfermedades agudas y crónicas.

Véase de todo lo expuesto, aunque escrito de una manera sucinta, el valor capital que tiene en esta época de la existencia del hombre, la hipertensión arterial, pues a evitarla y combatirla como enfermedad que es, tienden los esfuerzos de la ciencia, ya que alargan la vida y conservan la salud es el ideal a que la medicina pretende llegar, y a lo que aspira como es natural todo ser humano.